

Dejanira, el prado nos da á Margotón. La risa proviene de los dioses. Reina, está en Roma lo mismo que en Pantín. La risa es el atributo del hombre; César reía y reía Bruto. Jesús sonreía; pero, al fin y al cabo, sonreír bien es reír un poco; y por esto es hombre y por esto es Dios.

El bosque nos ofrece á Dejanira, el prado nos da á Margotón. Sí, aunque uno fuera Homero, hay que reírse; hay que reír, mi querido Catón.

X

PROPINA REAL

Iba yo á hacer una visita al rey. Los alrededores de su palacio estaban llenos de mujeres desnudas, especie de serrallo esparcido como un rebaño. Cuando entré, vino el rey cubierto con un gran sombrero, en traje negro, los piés desnudos y completamente borracho; se sentó en un trono de cuero con clavos de cobre, y dijo:—Hombre, ¿sabes que yo soy nieto del mago Zoroastro, antiguo rey de Menfis? Habla.—Y yo contesté al hijo de Zoroastro:—Sí, señor.—Y le puse en la mano una piastra que se metió prontamente en el bolsillo de su fraque de gala. Quedó contento, me ofreció de beber y se fué.

XI

BUEN CONSEJO Á LOS AMANTES

El amor fué en todo tiempo un Ananké muy rudo; si no se quiere ser echado á la puerta, desde que se ama á una bella, se observa, se escudriña; se pone lo natural á un lado; de bruto bestia, se hace uno ángel; se es el enano Micromegas; sobre todo en casa de ella no se hace gasto; se calla, se espera, nunca se fastidia uno, se encuentra buena la escarcha y el cierzo y la lluvia, y hay que decir: ¡tengo calor!, aun cuando se esté tiritando; una palabra de sobra os pierde. Oid esto:

Un bravo ogro de los bosques, natural de Moscovia, estaba muy enamorado de una hada, y las ganas que tenía de casarse con aquella señora se acrecentaron hasta el punto de volver loco á aquel pobre corazón tan tosco; un hermoso día de invierno, el ogro peina su velluda piel, se presenta en el palacio del hada, saluda y se anuncia al ujier como el príncipe Ogrosky. La hada tenía un hijo, no se sabe de quién. Aquel día había salido, y en cuanto al pequeño, hermoso niño rubio, alimentado con crema y bollo, don otorgado á aquella Calipso por algún Ulises, estaba detrás de la puerta y jugaba con el aro. Dejaron solos al ogro y á él en la antecámara. ¿Cómo pasar el tiempo cuando nieva, en diciembre, y cuando no hay nadie á quien decir una palabra? El ogro se puso entonces á zamparse al chico. Es muy sencillo. Sin embargo, es ir un poco deprisa, aun cuando se sea ogro y se sea

moscovita, engullirse así los chiquillos del prójimo. El bostezo de un ogro es hermano del hambre. Cuando llegó la dama no parecía el niño; buscan. La hada se apercibe del ogro con su enorme boca.—¿Has visto, le gritó, un hermoso niño que tengo? El bueno del ogro le contesta cándidamente:—Lo he comido

Y ahí estuvo la torpeza. Los que procuráis agradar, no os comáis al niño á cuya madre amáis.

XII

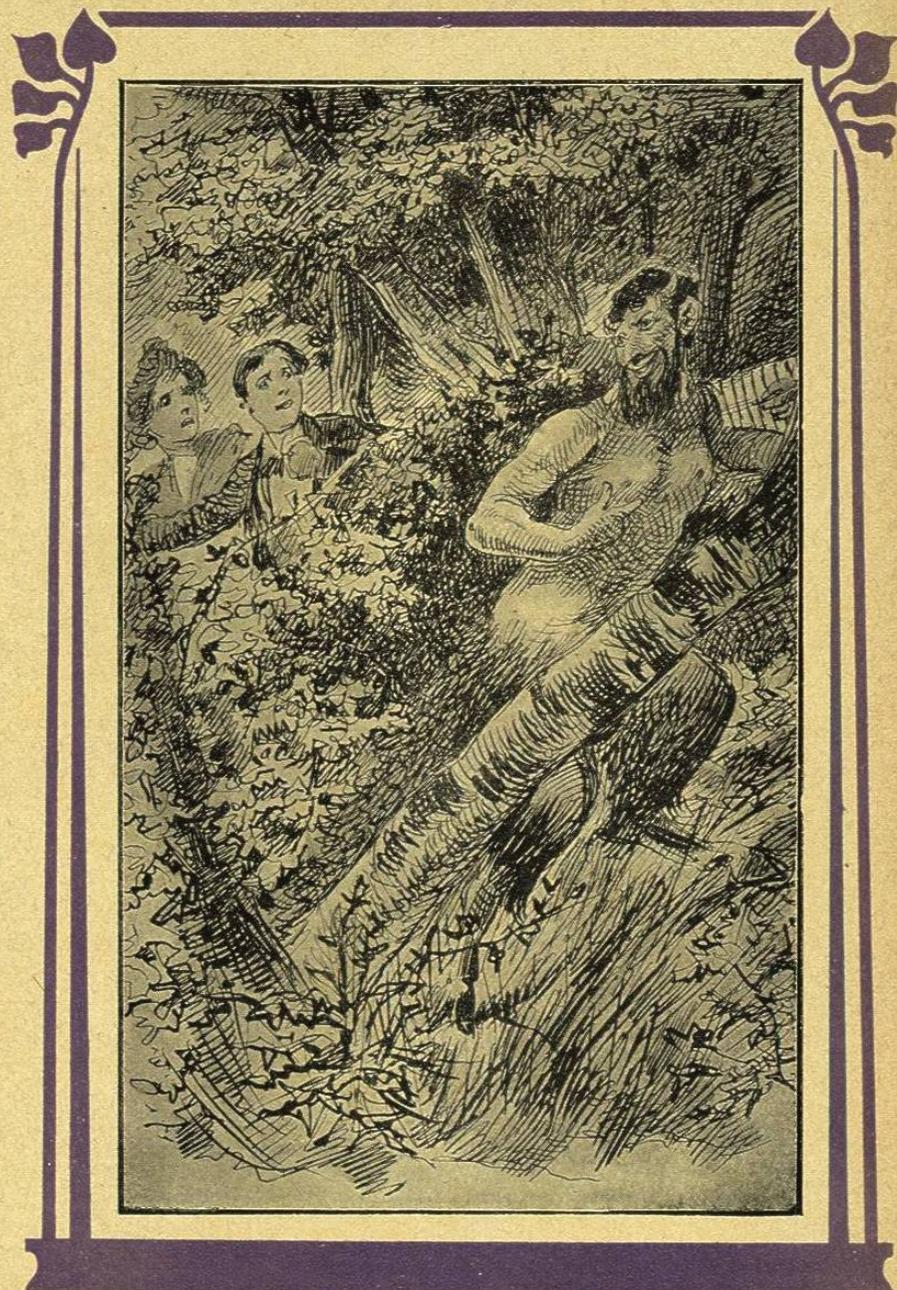
A la edad de las pastorales, cuando los labios están floridos, Lisa y yo errábamos por los jarales, lejos de las praderas; Lisa con su trenza al viento, yo temblando por una caricia; la amada, el escolar.

Viendo que se acercaba la noche, me atreví á desconocerme; me tomé un beso tal vez; un fresno viejo suspiró; la república de las bestias, gorriones y curruacas, cantaba sobre nuestras cabezas: ¡Esto marcha!

La noche extendía sus brumas. ¡Dulce amor, tú nos consumes! De repente distinguimos (¿era un chivo?, creo que sí) entre la salvia y la siempreviva ¡oh cuentista del rey de Garbe! una barba dentro del bosque.

Yo que conocía mi Títiro, y á quien Horacio atrae á los campos, grité:—¡Es un sátiro! Lisa dijo:—Es un zapador! Y sin darnos cuenta de ello, huímos, ella menos rápida; ella tuvo vergüenza y yo tuve miedo.

La áspera selva taciturna, tiene en su nocturna



obscuridad todos los fantasmas, Saturno, Fauno, Irminsul, Urián; la gran Driade verde, cubierta de un vago horror, desconcierta á Florián.

XIII

EN UN ANTIGUO CASTILLO

No tengamos miedo á las negras torres. Las rosas recubren las tumbas. Amemos. Olvidemos á los buitres y acordémonos de las palomas.

El amor es fantasma en este sitio; ese dulce aparecido se pasea por él; Parabère hechizó aquí á Chau-lieu; aquí riñó Alceste á Celimena.

El beso ríe en el jardín; y ese bosque y esa colina, habiendo visto el verdugado, reconocen las faldas hinchadas.

Tengamos una alcoba con ventanas, tengamos una cama á lo pastor; ayer y mañana son gemelos, antes es nuestro camarada.

¡Qué encantadores son los antiguos pecados! ¡Mezclemos con nuestras jóvenes quimeras todos esos frescos Cupidillos escondidos entre las sayas de nuestras abuelas!

17 septiembre 1861.

XIV

LA LUNA

El Olimpo tiene en el azul gradaciones desconocidas; un día Venus, bajando aquella escalera, cayó, se hizo cardenales en otras partes que en la cara, y los hombres desde abajo rieron; el temor se borra cuando se puede ver á los dioses por el otro lado.—Sea,—dijo entonces Venus afrentada por su risa;—ya que los hombres han tenido esta buena fortuna, ya no verán de mí más que esto.

Es la luna.

3 junio.

XV

BLASÓN

El marqués de Baden tiene dos cuernos; el uno decora su blasón (no tengo ganas de que me adorne con semejante compostura, Anita).

Bella, no tienes escudo, pero tu dulce risa es encantadora; bebes en las fuentes nunca agotadas y crees en el cielo que nunca miente.

Esos príncipes, á los que envuelve la obscuridad, estaban siempre con la espada en la mano; á menudo

conquistaban la Europa y algunas veces el camino del otro mundo.

Guerra fuera, guerra civil, todo gustaba á aquellos aventureros; dejaban tranquilamente en la ciudad á su mujer con uno ó dos pajes.

Aquellos fieros badeneses de pie ligero hicieron guerra con los hijos de Orcán, al negús, monote cristiano negro, al gran Knez, primo del gran Khan,

en los países de nieve y de arena, en Viena, donde reinaba el delfín, en Chipre, en Zante, en Roma, al diablo; viajaron tanto, que, por último,

aquellos marqueses sujetos á las ausencias, celosos de los cuernos del bisonte, añadieron sus excrecencias á la grandeza de su casa.

10 septiembre 1865.

XVI

¿Quieres vivir, ser admirado y estar gordo y ser enterrado centenario? Teme el jubón demasiado ceñido, á la gente de bonete cuadrado, la tinta y el papel timbrado; haz uso moderado de Cibo, Baco y Venus; deja para los patanes el *poiré* (1), la seta en el prado y la criada al cura.

(1) Poiré, bebida hecha con el zumo de las peras.—(N. del T.)

XVII

CADA SIGLO TIENE EL SUYO

El xvi tuvo á Turlupín. El xvii tuvo á Escapín.
El xviii tuvo á Crispín. El xix á Dupín.

XVIII

MASCARÓN

Tenía la frente baja, la risa de un pirata, el pelo negro, el ojo chino, el aire de facineroso; un turbante le cubría como á un Nostradamus; y casi juntándose en su gruesa nariz roma, cejas y mostachos de enorme anchura, le dibujaban una X á través de la cara.

XIX

UN LADRÓN Á UN REY

—Bajo el cielo obscurecido por momentos, sois un ambicioso, señor, y yo soy otro también; rey, los dos, porque el hombre se emborracha de distintos modos, tenemos el mismo objeto, que es tener de qué vivir; para esto necesitamos—¿soy yo sabio? ¿eres tú loco?—tú, príncipe, un reino; yo, pensador, un sueldo.

Todo hombre es el mismo hombre y hace la misma cosa; rey, la bondad de ser desconocido se compone de la dispersión de todo en el infinito; nadie es desheredado, nadie es desterrado, y los vientos arrojan á los reyes el imperio y á los bergantes el óbolo, pues tal es la inmensidad de los soplos. Ambos queremos, á todo precio, no importa dónde, tú agrandar tu reino, y yo ganar mi sueldo, y en nuestra sabiduría ó en nuestra demencia, rey, estamos ayudados por el inmenso azar. Sólo que yo valgo más que tú. Dignate escuchar.

Los dos somos hijos, tú, á quien hay que temer, de la extranjera, y yo de la bohemia; rey, el que tu majestad haga prender á la mía, no prueba que en nuestro desacuerdo la tuya tenga razón, señor, y la mía tenga culpa. Yo nací, déjame que te cuente este cuento, para tener hambre siempre y no tener nunca vergüenza; porque comer no es nada vergonzoso. Nada es tan verdadero como el hambre; y el infierno, del que el hombre hace el ensayo, es la denegación eterna del pan huyendo de las bocas; y por esto yo vagabundo por el fondo de los bosques agrestes.

Yo no soy malo, yo que hablo; sin quitar á los mortales uno solo de sus cabellos, quiero retirarles un poco de las cosas superfluas y pesadas que ponen sus bolsas demasiado mofletudas. Gasto en esto mucho talento, rey, nunca derramo la sangre. Escúchame, medita si quieres, y si puedes digiere, pero comprendeme. Yo odio el mal que se exagera; matar es orgullo; ¿casar á un burgués? ¡uf! ¿para qué? El asesino es un ladrón entumecido. Rey, yo soy un imán invisible que pasa, y que por su errante suavidad en el espacio atrae sin gritaría y sin brutalidad y hace ir hacia él de buena voluntad los *farthings* dormidos en

los bolsillos de los hombres. Me anexiono los sueldos, sin despreciar las cantidades; pero los buenos sacos, bien pesados, es una rareza; me basta un dinero, y á menudo, por todo provecho de mis vastos trabajos, dignos de vuestra estima, colegas míos los señores reyes, no tengo más que cinco céntimos; como soy indulgente con los hombres, me contento.

Procuro costar á los pueblos poco dinero, pero costarles la comida. Tener una madriguera, hacerme de ella un Louvre, acechar al hombre que pasa ó el postigo que se abre, esperar que algún mercader con las brisas vespertinas se duerma y deje bostezar el cajón del despacho, meter mano en él con una agilidad de ángel y no ser visto en aquel misterio extraño más que por los astros pensativos desde el fondo del profundo cielo; espiar el minuto en que las bellas deshacen su liga á fin de pillarles el reloj; operar el encuentro de los sueldos con mi garra; añadir al destino mis diez dedos para alargarlo más; decir á Dios: En el fondo, tú ya sabes que me debes; pues no te enfades; esta es mi vida, alteza; vos tenéis la grandeza, yo la pequeñez; rey, ante el sol, este flagrante prodigio, lo infinitamente pequeño vale tanto como lo infinitamente grande; ¡vale más!

Yo, gusano de tierra y filósofo, yo no tomo en serio la tela que me viste. Representar la comedia es el flaco de Dios; él no se irrita, pero se burla un poco; es un poeta y el hombre es su polichinela. El nacimiento y la muerte son dos campanillazos, el uno á la entrada y el otro á la salida del muñeco de cartón. Me río con el viejo maquinista Destino. Todo es decorado. En el fondo falta la realidad. Todo es afeite, desde el rey al saltimbanco; Jocroisse y Hamlet. Sabed esto, mortales temblorosos; con tela de algodón,

que hace grandes pliegues blancos, con harina y blanco de albayalde, se es en escena un espectro, ó bien Pierrot.

Mi astucia, en mí que soy un ser infinitesimal, consiste en no hacer verdaderamente ningún mal á los hombres y en vivir, sin embargo. Haz tú más, te desafío. ¡Rey, no está de más esta filosofía!

Prosigo. Pretendo que valgo más que tú, más que todos, y lo pruebo á tí, muchedumbre; á vos, rey.

He observado que el hombre, ínfimo y triste esbozo, no tiene más que su mano derecha, y á lo sumo la izquierda; lo que hace que tú, príncipe, hombre, augusto animal, llevas bien la fuerza y mal la justicia. Ante esto, he meditado, queriendo sobrepujar al hombre; y seguro de mi buen derecho, pero económico de énfasis, benévolo, nada parlanchín, discreto bajo el cielo azul, reparador obscuro de las lagunas de Dios, á fuerza de pensar y de querer, á fuerza de sondearlo todo más allá de la corteza, príncipe, y de estudiar á fondo el corazón humano, he concluído por tener una tercera mano, la que no se ve. La buena. Tal es, señor, mi arte. El resultado, robador. Máscara de cera, fantasma, sombra, polvo y ceniza; ¡majestad, has comprendido?

¡Oh reyes!, vosotros sois un lado, yo soy el otro. Yo soy el hombre de espíritu, el amo del crepúsculo obscuro, del riesgo, del tal vez, de la nada, del transeunte, del soplo aéreo; yo poseo aquel todo que vos llamáis nada; combino el viento con el destino; y yo existo. Mi alma está vuelta hacia el azul. Y pensando que, después de todo, en este mundo, pícaro rematado, soy un picoteador pacífico del azar, que mis dien-

tes no son dientes inexorables, que no derramo la sangre de los miserables como un juez, como un verdugo, como un soldado; pensando que soy el candidato á cero, que mi ambición, sin duración y sin odio, se cierne sobre los humanos con mesurada ala y se detiene en el punto donde se acabó mi hambre, y que, en fin, no hago más que lo que hacen los alegres pájaros del cielo bajo el olmo ó bajo el arce, me siento venerable de no ser malo.

Sí, soy un mortal dotado de facultades que no tienen muchos reyes esculpidos en el mármol. Un bayoco (1), metal inerte, simple cobre, si me siente cerca, se vuelve vivo, procura seguirme, y la moneda ve en mí á su Pigmalión; y vuestros sueldos, oh burgueses, que, reconociendo su jefe al aproximarme yo, os abandonan sin rebelión, sin ruido, para venir tíernamente á mi bolsillo, representan, señores, tantos cuidados por mi parte, tanta destreza, un escrúpulo tan hermoso en mis necesidades, y tantos deslizamientos de anguila y de culebra, que en vuestras casas son sueldos y en la mía obras maestras.

¡Ah, qué arte el mío! Mi colaborador, Dios, que pone lo posible á mi altura, oh príncipe, sabe todo el cálculo, toda la industria, el heroísmo, el aplomo, la alta fantasía, las sonrisas á la avinagrada suerte, las dulces miradas á la Fortuna, loca amable de ojos extraviados, la paciencia augusta y el estudio encarnizado y los trabajos que necesito para, al cabo de una jornada de pasos errantes, poderosos ensayos, esfuerzos temerarios, hacer cambiar de año á dos ó tres maravedís.

(1) Moneda de Italia.

Pero tú, ¿cuál es tu pena? Ninguna. ¿Y tu mérito? Nulo. Uno cree ser grande, ¡qué! ¡porque hereda! Tu padre al irse te dejó el mundo. Haber nacido, ¡qué esfuerzo! Tener hambre, ¡qué talento! Mamar de su madre y luego comer un pueblo. ¡Oh príncipe, tu apetito es grande, pero tu genio es escaso!

El mejor día, pareciéndote bajo tu púrpura y tu cordón azul que tener un pueblo para tí solo es demasiado poco, echas una mirada de dulce deseo sobre un imperio, como un macho cabrío á un codeso. Dices: ¿si me metiera en el bolsillo el pueblo de al lado? Entonces, por fuerza, ayudado en tu ferocidad por el sacerdote que investiga en el fondo del cielo, devana el rayo y pone á tu servicio el Dios de la penumbra, cegándote tú mismo de tu refulgencia, honrado, sagrado, bendecido, sangriento, te apoderas de cualquier país que esté á tu alcance; toda la tierra tiembla y grita espantada; en cuanto á tí, tú vas á devorar, haces lo que te enseñaron; no te pones á hacer ningún esfuerzo de espíritu; sabes apropiártelo todo negligentemente, á descargas de obús, á sablazos, á lanzadas. Es sencillo. Y bien, vas á tomar una nación, esto es todo. ¿No eres tú el exterminio, el derecho divino, el elegido á quien un fakir, un flamen ó un bonzo ha frotado con aceite y metido en el armiño? Ve, toma. Los hombres son cosa tuya. Entonces, ciudades, ríos, montes, bosques temblorosos agitados por un viento sombrío, las llanuras, los caseríos, peor para ellos si arden. Las cunas, los hogares sagrados, el honor de las mujeres, sobre todo eso pones tus monstruosas uñas. Y la iglesia te quema un tortuoso incienso, y el dulce *Té Deum* ilumina con sus cirios el homicidio de los niños y la violación de las vírgenes; y todo lo que no está yacente, está de rodillas.

Yo, entretanto, vagabundeo tranquilo y pacífico

Tal es nuestro matiz, oh príncipe el mejor de los príncipes: yo conquisto un *liard* (1); tú robas provincias.

XX

ARENKA DE CHARLATÁN

TRIANÓN, desde su tablado

Después de los tres saludos

¡Señores míos! ¡Tendremos por araña la Osa mayor! Oiréis,—pagando cada cual según su peculio, Irus por un liar, Creso por un zequí,—como charlan á media voz, al borde de la capa de arlequín, la balluca y la brizna de viña. Un lago donde veréis huir vagamente un cisne, servirá de espejo, entre la hierba y el tomillo, á las flores, que volverán á componer su tocado en la sombra de la mañana. En ese cuento en que van á salir las hadas, queremos construir un templo con lirios y trofeos, hacer topar á los Arlequines con las Amintas, y enseñaros los juegos y los amores de un montón de destellos de oro que hacen su jolgorio entre dos luces, y mezclar el pleno día con el rayo de luna; veréis aparecer el medio día á media noche; vamos á casar á Piastra con Maravedí, el pie de la

(1) En castellano liar, cuarta parte de un sueldo, la menor de las monedas en Francia antes del sistema decimal, de menos valor que el oehavo castellano.

Cenicienta con las botas de siete leguas, y á hacer bailar en pleno sol á las almas azules...

Pero os retráéis. Es una comedia antigua, el ideal! Ya nadie la quiere. Lo adecuado es ofrecer por todo regalo á la multitud aterrorizada lo sucio y lo cruel. Sea.

La escena, al final, será regocijada con borrachos, piés de piña que se descalzarán, leprosos que se rascarán con cascotes de tuestos rotos, y ladrones á los que se harán respetuosos saludos. Por último, ¡miseros! los dientes de la muerte y los dientes del hambre reirán en el desenlace de la pieza, y la Sarna se casará con el autor en un fuego de Bengala; se irán cantando y dándose el brazo, y el diablo tirará sueldos grandes al buen Dios.

XXI

MUELLE DEL HIERRO VIEJO

CORO DE GANCHOS

Somos los sargentos reclutadores. Para la gloria, para el imperio, para ser ilustres en la historia, el rey necesita matadores; nosotros los buscamos. Para hacer banderas tomamos rodillas; para hacer héroes, tomamos cánallas. Reímos abriendo en la sombra nuestras tenazas; el que se fía en la sonrisa, queda preso por el tornillo. El frío, el hambre, la sed, son martillazos que dan una forma oscura á los miserables; pero con tal que les quede un ojo altivo, buena